



CAPÍTULO 1

La Construcción del territorio colombiano

Libro: *La Ruta de Humboldt Colombia y Venezuela Tomo II*, Editor Benjamin Villegas
ISBN 958-9138-95-0 Obra completa, ISBN 958-9138-96-9 Tomo I, ISBN 958-
9138-97-7 Tomo II, Primera Edición noviembre de 1994, Villegas editores. Pg. 135,
El Monte de la Agonía Dibujo de Maillart 15.7 x 23.5 cm Tomado de *L'Amérique*
Equinoxial M.E. André Paris, 1879, Academia Colombiana de Historia, Bogotá.

CAPÍTULO 1

La construcción del territorio colombiano

A mediados del siglo XVI, Pedro Cieza de León, inicialmente un lugarteniente de Jorge Robledo y después nombrado por Pedro de la Gasca en Perú como cronista oficial,¹ explicaba en su *Crónica* las diferencias entre la conquista de Perú y la de las provincias de Popayán y Antiocha (sic) en Nueva Granada (Cieza de León, 1971, p. 71, 72). Todo es muy diferente, la gente, la disposición de la tierra, todo, afirmaba. “En estas provincias hay poblados calientes y fríos, lugares sanos e insalubres, en algunas partes llueve mucho y en otras poco, en algunas tierras los indios comen carne humana y en otras no” (p. 71). Muchos españoles están atemorizados e intrigados porque estos indios son tan insubordinados y obstinados, agregaba Cieza. En contraste, los indios de Perú que viven en los altiplanos y entre montañas nevadas, son más numerosos, pero siendo más numerosos, son más obedientes y sumisos. “Mi opinión, agregaba, es que en Popayán y Antiocha nunca existió un señor al que ellos le temieran. Por eso, ellos aborrecen servir y ser vasallos, lo cual es la causa de la desconfianza para servir a los extranjeros” (p. 72).

Este capítulo proporciona el contexto del proceso civilizador de las tierras calientes que se aceleró desde la mitad del siglo XIX. Comienza haciendo una analogía entre la conquista del Perú y de la Nueva Granada para ilustrar y contrastar el proceso de transformación ambiental. Antes de pasar a la segunda parte del siglo XIX, presenta algunos legados del pasado colonial. Luego, relaciona las reformas liberales y los vínculos específicos con el mercado mundial que marcaron la experiencia republicana de reapropiación de la naturaleza en la segunda parte del siglo XIX y la primera parte del XX. Su tesis central es que el paisaje andino es tan histó-

¹ Ver la presentación biográfica de Alexandra Parma Cook y David Noble Cook en Cieza de León (1998, p. 6-35).

rico como su gente. Aunque los cambios ambientales pueden ser más fácilmente leídos en un periodo largo que los cambios sociales, ambos pueden ser empalmados para hacer una historia del paisaje y del territorio.

La conclusión encaja con una observación que por obvia puede ser ignorada. Durante la conquista y la colonia de Perú, la Corona española recentró el poder y la autoridad de los poblados altiplanos andinos y los trasladó a las tierras bajas costeras de Lima. Más tarde, en el siglo XIX, la elite blanca y mestiza peruana debilitaron los lazos entre las tierras bajas y el altiplano. En el caso colombiano, la Corona tuvo que inventar un centro administrativo y político en el altiplano y los criollos colombianos conservaron y continuaron este proyecto, pero decidieron apropiarse y civilizar las tierras bajas desde la segunda parte del siglo XIX. Se presenta el caso peruano para hacer seguimiento a la idea de Cieza de León, tomando en cuenta que Perú fue el centro del poder colonial en Sur América durante los siglos XVI, XVII y parte del XVIII, y para hacer más claro el proceso en Colombia y tener un punto importante de comparación.

Conquistas andinas: naturalezas y culturas comparadas

Después que Cieza de León presenta el contraste entre Perú y Popayán y Antiocha (sic), añade que existe una razón más importante para este comportamiento insubordinado. Debido a que en Popayán y Antiocha "todas las provincias y regiones son muy fértiles, y a que hay grandes bosques y quebradas en medio de las montañas, cuando los españoles los acorralan y queman sus hogares, ellos se desplazan y construyen casas nuevas en cuatro días, y siembran maíz que cosechan cuatro meses más tarde" (Cieza de León, 1971, p. 72). Y si los españoles los buscan de nuevo, ellos se mueven otra vez hacia delante y hacia atrás, y "éste es el porqué ellos solo sirven cuando quieren y pueden decidir hacer paz y guerra, pero siempre tienen algo para comer" (p. 72). En contraste, explica Cieza, los indios peruanos son más razonables, y aceptan un señor ya que los Ingas (sic) los subyugaron y solían pagar tributo. Pero si ellos no quieren servir, están obligados a hacerlo porque están atados a la tierra, y no pueden sobrevivir lejos, en los desiertos o las montañas nevadas o en otras tierras que no son fértiles.

Cieza describe un contraste que ha sido interpretado como una explicación social de la derrota sorpresiva de una elevada civilización por una banda de aventureros europeos (Keen, 1996, p. 71). Sin embargo, muchos autores han considerado que esta explicación es insuficiente y han argumentado en favor de otros factores tales como la ventaja tecnológica, las contradicciones internas, el rol de las enfermedades y del hambre en un contexto de guerra combinado con la crueldad de los conquistadores y su ambición y avaricia. Éste no es el lugar para discutir cada uno de estos

factores. Todos los participantes en la discusión podrían aceptar que estos aspectos combinados en diferentes proporciones explican la derrota de los incas. Lo que es importante para este capítulo es que la argumentación de Cieza no es puramente social, sino que está basada en una combinación de factores sociales y ecológicos. Cieza no sólo menciona que los indios colombianos son rebeldes, sino que retrata el ambiente “natural” en el cual este carácter insubordinado tiene lugar. Entendida como interacción entre naturaleza y sociedad, la explicación de Cieza es ambiental.

El periodo colonial como cambio ambiental

Varios de los más importantes estudios de la conquista de las tierras incas en las últimas tres décadas dedican tiempo a la explicación de lo que llaman el “paisaje humano”, antes de la conquista española. Ninguno de estos textos dedica tiempo a revisar este tema al final del periodo colonial.² Debido a que normalmente estos capítulos están localizados al comienzo de los libros, aparece como si este paisaje fuera estático. Estos autores entonces no son consistentes con la idea de que el paisaje también es humano. En contraste, el efecto que produce es algo así como que las interacciones humanas estuvieran atrapadas dentro de las restricciones impuestas por un ecosistema dado. Si mostráramos que estos paisajes son producto del cambio, y que su organización espacial depende de las influencias humanas, entonces este capítulo puede demostrar que estos paisajes humanos son un producto diferente al comienzo y al final del proceso específico, es decir, durante la conquista española y durante la reconquista criolla de posindependencia.

Estos textos normalmente comienzan con la idea de la “verticalidad” como el elemento primario para comprender el paisaje andino. Señalan que el imperio Inca fue capaz de organizar esa verticalidad en una serie de ecosistemas físicamente discontinuos, los cuales varían en altitud. Las relaciones de parentesco interconectaban diferentes ecosistemas y, en consecuencia, diferentes recursos. Karen Spalding, por ejemplo, afirma que el *ayllu*, es decir, las comunidades atadas por lazos de parentesco, formaban una serie de grupos vinculados y regulados por razones de linaje y por una ética de cooperación y reciprocidad que puede ser vista como la unidad política y también como la unidad productiva de la sociedad misma (Spalding, 1984, p. 28). John Murra (1970) describe este sistema que conecta los distintos *ayllus*, como un archipiélago distribuido en distintos pisos térmicos, que permite acceder a una variedad de recursos. En esto sigue a Condarico Morales quien trabajó con el concepto de “grandes zonas simbióticas” (Morales, 1970, p. 71; Murray, 1970; 1985, p. 4). Esta verticalidad ecológica es

² Véanse, por ejemplo, dos de los más importantes, Steve Stern (1982) y Karen Spalding (1984).

organizada bajo mecanismos de parentesco basados en reciprocidad. Aunque los incas impusieron tributo sobre varios grupos étnicos, normalmente respetaron esta conexión étnica. De hecho, la prosperidad inca estaba basada en la habilidad de los grupos subordinados de producir excedentes (Spalding, 1984; Stern, 1992). Los incas fueron capaces de organizar este tipo de sistema en un territorio extenso que arranca desde el norte del Chile actual hasta la parte sur de Colombia contemporánea. La unidad política y la integridad territorial fueron posibles gracias a una red de caminos, a la organización de un sistema de bienestar basado en un modelo económico dual que permitía al imperio Inca, en caso de que hubiera desastres naturales o hambre, recurrir a las áreas no utilizadas y, en general, al respeto de un sistema de reciprocidad apoyado en relaciones de parentesco. El sistema jerárquico inca estaba marcado por la localización política y física de las elites en Cuzco, es decir, en las tierras altas del, así llamado, *Tawantisuyu*.

El sistema colonial español, particularmente desde las reformas del virrey Toledo en 1569, aprovechó la organización tributaria, política y laboral de los incas y, poco a poco, pero consistentemente, tendió a subvertirla (Stern, 1992, p. 80). El sistema tributario fue redirigido de Cuzco a Lima; la autoridad de los jefes indígenas, llamados "curacas", fue reforzada a favor de las autoridades españolas, y el sistema de trabajo reconocido como la mita, fue puesto a funcionar principalmente a favor de la economía minera. Esta recreación del sistema inca fue complementada por la institución de la encomienda para explotar el trabajo indígena. Como resultado de este proceso las variadas identidades étnicas del imperio Inca fueron transformadas por una más indiferenciada identidad india, que llenaba los requerimientos del sistema tributario que ya no estaba interesado en el reconocimiento de las distinciones étnicas que anteriormente los incas aceptaban. Las relaciones de reciprocidad entre los indios y las jerarquías políticas representadas por los curacas fueron protegidas, pero la obediencia hacia el inca fue sustituida por la lealtad a la Corona española. El centro del territorio fue cambiado, invirtiendo la dirección de la verticalidad. Durante el régimen inca, el vector de la verticalidad apuntaba desde la costa hacia los altiplanos de Cuzco, pero con el establecimiento de la "ciudad de los reyes" en Lima como centro del Virreinato del Perú, el vector empezó a mirar desde las tierras altas hacia la costa. Al comienzo el vértice de la jerarquía quedaba en Cuzco, al final en Lima (p. 80).³

Otro proceso más sutil tendía a erosionar los vínculos de reciprocidad. Las relaciones de mercado, con pocas excepciones, no eran parte del mun-

³ Claudia Steiner (2000) ha detectado este tipo de cambios de orientación debidos a la imposición de una cultura diferente en el caso de Urabá, cuando los antioqueños arribaron a comienzos del siglo XX.

do inca antes de la llegada de los españoles.⁴ Después de la conquista, sin embargo, el desarrollo de una economía minera en Potosí, Huancavelica y otros sitios mineros, abrió el camino a un creciente comercio de bienes provenientes de España para satisfacer las necesidades de la burocracia estatal. Esta tendencia fue reforzada por el deseo de riqueza de los españoles comerciantes y aun por la presencia de indios ricos⁵ que se involucraron en el comercio, en un proceso que empezó a erosionar, desde el siglo XVII, al menos en algunas regiones, las relaciones de reciprocidad y autosuficiencia. La posibilidad de pagar tributo en dinero abría la puerta a la monetarización de la formación social colonial. Al final del periodo colonial el paisaje humano y el territorio fueron notoriamente transformados. Antes de describir la crisis de este periodo, que resultó en un nuevo cambio en el paisaje humano, este capítulo proporciona los elementos básicos para comparar tales cambios con el caso de la Nueva Granada.

Las fuentes y los estudios sobre la Nueva Granada son escasos cuando se contrastan con los casos de Perú y de México. Sin embargo, es posible presentar algunos elementos comparativos. Primero que todo, en la Nueva Granada no hubo nada similar al imperio Inca para organizar los elementos de verticalidad y reciprocidad en los Andes. Por supuesto, desde un punto de vista puramente ecosistémico, verticalidad y altitud son factores decisivos en los Andes, aunque funcionan de una forma considerablemente modificada en los Andes colombianos cuando se contrastan con el caso peruano. La relación con el mar, la proximidad al Ecuador y el perfil de las cordilleras, hace que los Andes colombianos sean un caso completamente diferente. (Ver mapa No. 3)

Mientras que el altiplano peruano conecta con la costa pacífica que es bañada por la corriente fría de Humboldt, riquísima en recursos ícticos, el núcleo de las tierras chibchas de Colombia está aislado de la costa pacífica por dos formidables cordilleras y por una selva húmeda tropical muy densa, conocida como el Chocó biogeográfico. Bajo condiciones tecnológicas específicas, la sabana de Bogotá se conecta mucho más fácilmente con el mar Caribe que con la costa pacífica a través del río Magdalena, aunque el Caribe queda por lo menos 1000 kilómetros alejado. Cuando los españoles llegaron a tierra firme no encontraron una jerarquía dominante comparable a la que encontraron en Cuzco; les tomó más de dos siglos tejer esta jerarquía. En el siglo XVIII, la decisión de los borbones de romper la con-

⁴ Spalding afirma que "todos los testimonios de las sociedades nativas durante el siglo XVI reafirman la ausencia de mercados y comercio". Sin embargo, también menciona que se trata probablemente de un intercambio de artículos que tiene lugar a lo largo de la costa. Este intercambio nunca implicó la existencia de lugares o plazas de mercado.

⁵ Bartolomé Arzans (1975) describe la presencia de indios opulentos debido a que fueron los expertos en el proceso de extracción de la plata.

centración de poder en el Virreinato del Perú fue orientada hacia la organización de dos nuevos virreinos, uno en la Nueva Granada y otro en el río de La Plata. Las impresiones de Pedro Cieza de León sobre la Nueva Granada pueden ser reconfirmadas por las relaciones y visitas a los Andes en el siglo XVI. Hermes Tovar se refiere a la Colombia de esta época como diversa, múltiple y dispersa, precisamente las características que Cieza de León describió cuando visitó la Nueva Granada y que podríamos calificar de fragmentación territorial (Tovar, 1993, p. 53).

Entre Colombia y Perú hay otra importante diferencia relacionada con el mar. La corriente de Humboldt, que viene de Chile, cruza la costa peruana y desvía hacia el Pacífico al frente de la costa de Ecuador. El mar en Perú es extremadamente rico en fauna pero la faja costera es un semidesierto. En contraste, el mar colombiano no es tan rico en fauna marina, pero la faja de tierra entre la costa pacífica y los Andes es quizás el bosque más lluvioso del mundo, constituyendo un formidable obstáculo geográfico para quienes se desplazan desde los altiplanos andinos. El significado de los altiplanos, las tierras altas y las tierras bajas en Perú y en Colombia es diferente. Mientras que en el caso peruano tierras altas y altiplanos son contrastados con tierras bajas costeras o tierras bajas semidesérticas, en Colombia los altiplanos existen en oposición a tierras calientes y lluviosas, zonas bajas no costeras. La razón es que los Andes en Colombia están cortados de una manera aguda a través de ríos profundos que Pedro Cieza de León creía que eran los dos brazos del río Santa Marta (Magdalena), confundiendo el río Cauca con uno de los brazos del Magdalena.⁶

La proximidad al Ecuador también marca una notoria diferencia. Mientras Colombia es intertropical, Perú está ubicado en la zona tropical pero se alcanzan a sentir variaciones de estaciones durante el año. Algunos geógrafos contrastan ambientes tropicales con ambientes templados utilizando la noción de temperatura como el criterio principal. Algunas veces el valle de México es considerado bajo este parámetro templado. James Parsons, por ejemplo, considera las montañas de Antioquia⁷ como templadas (*temperate*); esto es erróneo. Lo que llama la atención en las tierras antioqueñas es la conexión particular entre tierras calientes bajas, medianas y altiplanos y no su clima templado. Al vincular a Santa Fe de Antioquia en las tierras bajas del río Cauca con tierras de mediana altitud de las

⁶ Pedro Cieza de León (1998, p. 108) afirma que Cartago está localizada siete leguas distante del Gran río de Santa Marta, aunque sabemos que se trata del río Cauca.

⁷ En *Antioqueno Colonization in Western Colombia*, James Parsons (1968) describió a los antioqueños como provenientes de las tierras "temperate", que no se debe traducir literalmente como "templadas" en sentido colombiano sino de los hemisferios sur y norte (*temperate*), arriba y abajo de los trópicos: "The temperate uplands of the northernmost Andes of Western Colombia are the home of the energetic and thrifty antioqueños, the self-style Yankees of South America".

regiones cafeteras y cultivos de tierras altas, como en Rionegro, los antioqueños organizaban la verticalidad de una forma eficiente. Lo característico del trópico no es simplemente el calor, sino su impresionante biodiversidad, la cual es magnificada por la presencia de montañas.

Una caracterización mucho más precisa de tierras tropicales y templadas toma en cuenta la proximidad al Ecuador, haciendo posible encontrar tierras calientes y tierras frías en los trópicos. Bajo este parámetro, las diferencias entre regiones tropicales y templadas están relacionadas con la temperatura pero bajo dos condiciones decisivas. La primera es que en los países tropicales la duración del día y de la noche durante todo el año tiende a ser de 12 horas y el cambio más importante en temperatura ocurre durante un día entero. En contraste, en las regiones templadas la división entre días y noches y la temperatura tienden a cambiar durante el año. En países subtropicales el contraste no es tan marcado y en lugar de cuatro estaciones, solamente se perciben dos. Mientras Colombia es intertropical, Perú es tropical pero está afectado por variaciones estacionales. Casi llegando a Trujillo, en el norte de Perú, ya se puede sentir el "Sur".

Hay otra diferencia relacionada con los Andes intertropicales y tropicales. En Perú y Bolivia la población indígena generalmente está asentada sobre los 3500 metros sobre el nivel del mar, en donde se encuentra la puna. En contraste, en Colombia el límite del bosque es el páramo, entre 2800 y 3500 metros sobre el nivel del mar. Mientras que la puna es seca, el páramo es húmedo y puede ser considerado como una especie de fábrica de agua (Guhl, 1991, 1995). La distinción entre tierras altas y bajas sin especificar primero su variabilidad ecológica tiende a hacer difícil y confusa la discusión.

A lo anterior hay que agregarle lo siguiente: en Colombia las barreras geográficas de las selvas tropicales interandinas y las cordilleras, bajo ciertas condiciones, obviamente tecnológicas, favorecían el aislamiento. Debido a que los grupos étnicos eran independientes y dispersos, no había un esquema político que sostuviera relaciones de reciprocidad capaces de conectar el archipiélago andino colombiano. Esto no implica que en Colombia no hubiera conexiones entre las tierras altas y las tierras bajas andinas, sino que no existía un sistema integrado de reciprocidad como en el caso de los incas. Un mecanismo rudimentario de intercambio y trueque era la forma predominante de relaciones entre diferentes grupos étnicos. En el siglo XVI un indio de Honda, en el río Magdalena, afirmaba que cuando la pesca era buena, ellos se la vendían a otros indios de la provincia de Mariquita y de otras partes, y que intercambiaban pescado por camisetas y por mantas (Tovar, 1996, p. 53). Los chibchas de tierras altas también intercambiaban algodón y oro por sal (p. 53).

La dispersión política estaba acompañada de desintegración territorial. De hecho, Cieza de León se refiere a la provincia de Popayán como el límite extremo del Virreinato de Perú debido a que Belalcázar, que era un terrateniente de Pizarro, fue el conquistador de esa provincia. Él también incluye a Antioquia dentro de estos límites porque otros conquistadores que venían de Urabá con Jorge Robledo se sumaron a las tropas de la Corona para controlar la guerra civil entre pizarristas y almagristas en Perú, a fin de reimponer la autoridad de la Corona. Sin embargo, a pesar de su instinto geográfico, Cieza no es completamente consciente del perfil del territorio de la Nueva Granada. Cieza viaja por las montañas de Colombia y alcanza el valle del río Cauca sin tener conciencia de las características de las selvas del Chocó biogeográfico. Lo anterior no obsta para que describa el litoral del Pacífico colombiano. Cuando Pizarro, Pedrarias y Almagro deciden explorar lo que más tarde será llamado Perú, en el comienzo del volumen tres de su *Crónica* Cieza menciona el acuerdo entre estos tres conquistadores y dice que "las noticias se difundieron en el ámbito de Panamá y la mayor parte de los vecinos estaban riéndose; y burlándose de ellos, considerándolos locos porque querían gastarse el dinero explorando manglares y siborucos" (Cieza de León, 1944, p. 44), lo que precisamente constituía la costa del Pacífico colombiano, que era lo que se conocía en las expediciones que se lanzaban por el litoral hacia el sur desde Panamá.

Si las características de las montañas son impresionantemente diferentes entre Perú y Colombia, la importancia de los ríos enfatiza aún más esta diferencia. Colombia no puede ser pensada en términos materiales sin los ríos Cauca, Magdalena, Sinú, San Jorge, Patía y Atrato (Twinam, 1982). Más aún, el paisaje colombiano no puede ser pensado sin la importancia simbólica del río Amazonas y de ríos como el Caquetá y el Putumayo; lo mismo se puede decir del río Orinoco y de los ríos Arauca, Meta y Vichada. No estoy olvidando la gran importancia que tiene el Amazonas para Perú, incluso mucho más que en Colombia; sin embargo, el contraste sigue siendo formidable. Dos mares, montañas abruptamente cortadas y ríos inmensos hacen del paisaje humano colombiano un tipo diferente de país andino.

Durante los periodos de la Conquista y la Colonia tiene sentido abordar a la población nativa bajo el criterio de contrastarla con los recién llegados. Sin embargo, después de las reformas del virrey Toledo, la noción de "indio" se convierte en una categoría étnica que es reforzada y mantenida por el sistema de dominación que combina los tributos con la encomienda y la mita, es decir, por razones fiscales y de organización social del trabajo. En este contexto, en un territorio que está débilmente estructurado, el mestizaje como disolución de los lazos étnicos tiene más sentido en Colombia que en el territorio sólidamente organizado de *ayllus* del Perú. El mestiza-

je colombiano tiene como razón de ser la posibilidad de escapar a la dominación, evitando ser contado como tributario. En este mismo contexto, Cieza de León proporciona otra clave para explicar este problema al realzar el territorio diverso y complejo de Popayán y Antioquia, en los cuales las vías de escape son numerosas.

Si la dominación española fue construida sobre las ruinas del imperio Inca, ésta tuvo que ser inventada en la Nueva Granada. Mientras que en Perú el centro del sistema político y burocrático fue construido por los españoles en la costa pacífica, en la Nueva Granada este centro fue edificado en las tierras altas chibchas. Estas eran las tierras más fértiles de todo el país junto con las del Valle del Cauca y las del Sinú-San Jorge, pero tenían otras dos ventajas ambientales para el asentamiento europeo sobre el Valle del Cauca y el Sinú. El clima en el altiplano chibcha era el más “templado” y adaptable al crecimiento del trigo y otras plantas europeas, y también al ganado, pero igualmente importante era la presencia de una población agrícola densamente concentrada con un potencial alto como tributarios y como fuerza de trabajo, que hacía que los altiplanos de Bogotá y Tunja fueran atractivos para la dominación española. Estos españoles sobrevivieron más confortablemente en los altiplanos centrales de Colombia que en los duros climas de los altiplanos de Perú, habiéndose adaptado rápidamente a la papa y al maíz.

Al final del periodo colonial en Perú, la mayor parte de la población indígena permaneció concentrada en las tierras altas, pero la población española, criolla y afroperuana se concentraba en la costa. El caso de la Nueva Granada era diferente. La mayor parte de los indios, mestizos y de la población europea permanecía en las tierras altas. En 1750, más del 60 por ciento de la población vivía en la Cordillera Oriental, en las regiones que más tarde serían Cundinamarca, Boyacá y Santander, y en las tierras altas de Cauca y Nariño, en la frontera de lo que era el imperio Inca. Las tierras pobladas calientes fueron excepciones que tenían funciones portuarias o militares como Cartagena, Santa Marta, Mompox y otras regiones productoras de oro tales como Santa Fe de Antioquia y las regiones del Chocó, en las cuales los africanos se convirtieron en la población más importante. La población india pijao en las tierras calientes del alto Magdalena, Neiva e Ibagué, permaneció en un estado de guerra hasta el siglo XVIII a pesar del crecimiento de las actividades ganaderas (Zambrano y Olivier, 1993). La región amazónica en Perú nunca fue conquistada por los incas, y fue superficialmente explorada por los españoles: ésta es la única característica común entre Perú y la Nueva Granada. Si la dominación española cambió el paisaje del Nuevo Mundo, los criollos y la elite republicana nacional también jugaron un rol muy particular en la reorganización del paisaje humano durante el siglo XIX.

El paisaje humano en movimiento

En Suramérica los movimientos de independencia se originaron primero en regiones semiperiféricas como en los casos de Caracas y del río de la Plata. De hecho, los dos más importantes líderes de Suramérica hispánica fueron el venezolano Simón Bolívar y el argentino José de San Martín, y no próceres peruanos o granadinos que constituían el centro de las colonias suramericanas. Mientras en el Virreinato de la Nueva Granada los criollos se unieron a las tropas de Bolívar, la última resistencia importante a la dominación española tuvo lugar en el centro de las colonias suramericanas en el Virreinato de Perú. La independencia fue sellada cuando Bolívar y San Martín se reunieron en Guayaquil y este último aceptó todas las condiciones de Bolívar por el empantanamiento político que sufrió con los criollos limeños. El último esfuerzo del imperio español se concentró entonces en el altiplano del Perú indígena, hasta cuando José Antonio Sucre derrotó al ejército español en la batalla de Ayacucho.

Una mezcla de restricciones geográficas y sociopolíticas limitaron los sueños de unificación de estos extensos territorios. De una parte, el proyecto grancolombiano se confrontó con sueños o luchas regionales por autonomía. De otro lado, las elites del río de La Plata tuvieron que afrontar la lucha victoriosa de independencia paraguaya. También ellos perdieron el Alto Perú, que había sido separado del Virreinato a fines del siglo XVIII; además, Brasil e Inglaterra se opusieron a un monopolio en el río de La Plata, lo que aseguró la independencia uruguaya. Aunque San Martín solicitó a Bolívar le otorgara el puerto de Guayaquil a Perú, éste ya le había hecho esta concesión a las elites quiteñas. La Gran Colombia finalmente se desintegró en 1830. Las elites criollas regionales quedaron exhaustas por las guerras de independencia; muchos de los más ilustres líderes fueron asesinados, y los caudillos militares llenaron el vacío por el colapso del régimen colonial. En este contexto, y sin la vieja contradicción entre peninsulares y criollos, el proyecto poscolonial tuvo que inventarse nuevas identidades, reconstruir vínculos internos y reconectar las nuevas repúblicas con el mundo exterior.

Este capítulo argumenta que las tareas de las elites triunfantes se llevaron a cabo en el contexto de una transformación ambiental, esto quiere decir, de un cambio en la relación naturaleza y cultura, lo cual constituye el paisaje humano politizado. La redefinición de la naturaleza americana fue inspirada por figuras científicas como Alexander von Humboldt; la redefinición cultural estaba basada en el modelo de identidad nacional. Los análisis previos sobre redefinición cultural que hemos hecho aquí empezaron con la descripción de Perú colonial, contrastando sus características con las correspondientes a la zona andina de la Nueva Granada. Para este nuevo periodo, que comienza con la crisis del régimen colonial, vamos a

invertir el procedimiento, enfatizando primero en la Colombia andina y luego presentando algunas características del Perú republicano, con la única pretensión de hacer más claro el caso colombiano.

Hacia una nueva identidad

Es bien conocido que la nueva elite liberal de mediados del siglo XIX justificaba su intención de transformar los países recién descolonizados en términos de la lucha contra un enemigo: la vieja y atrasada tradición colonial. Sin embargo, el modelo de este enemigo ideológico estaba más cercano al sistema colonial de los austrias que al sistema progresista de los borbones. Con excepción de algunas políticas fiscales que en el caso borbón debían apoyar al imperio, la nueva elite estaba conectada con la ilustración borbona dado que esta dinastía estaba mucho más orientada hacia el mercado, estimulaba la educación secular y desafiaba el poder tradicional de la Iglesia. A diferencia de las estrategias imperiales en las colonias, estas nuevas políticas de las repúblicas recientemente nacidas de la Independencia se basaban en las enseñanzas de la economía política clásica, con su inclinación hacia un Estado liberal anti-intervencionista. En varios aspectos, la nueva elite liberal estaba reconstruyendo o reforjando los lazos rotos debido a la guerra de independencia. La retórica contra los tiempos coloniales era, en cierto sentido, más crítica de las políticas coloniales de los austrias que de las políticas borbonas.

En la segunda parte del siglo XVIII, la minería tradicional y los sistemas de encomienda y mita eran ya anacrónicos en el contexto de la economía atlántica, debido al vigor del sistema de plantaciones británico o francés, al potencial de transformación industrial en Europa Occidental, e incluso, al imperio comercial construido por los holandeses (Wallerstein, 2003). Las expediciones naturalistas y científicas apoyadas por la Corona española, a fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, deben ser vistas en el contexto de estos intentos de la Corona por actualizarse o por alcanzar a sus competidores europeos. La actividad científica estaba apoyada en la esperanza de encontrar nuevas posibilidades de empresas rentables; éste es el contexto de empresas científicas tanto de peninsulares como de otros europeos. Una de las más importantes iniciativas al respecto fue la de Hipólito Ruiz y José Antonio Pabón, además de José Celestino Mutis, con sus expediciones botánicas, los primeros en Perú y el segundo en la Nueva Granada. La otra expedición encabezada por europeos fue la de Humboldt y Bonpland a las tierras equinociales de Suramérica (Valenzuela, 1983), caso especial debido a que los no peninsulares, en principio, no estaban autorizados para visitar las colonias españolas. Aunque en este documento no se pueden exponer los matices de esta experiencia, dichas expediciones suministraron un modelo dual para la construcción social de la naturaleza en la

primera parte del siglo XIX, basadas tanto en un sistema clasificatorio naturalista de la Ilustración como en una visión romántica y cósmica de la naturaleza.

Tiempo atrás los naturalistas occidentales modernos encontraron en Linneo, un científico sueco, el primero y quizá más importante esquema clasificatorio para poner orden en la naturaleza utilizando el latín como un lenguaje neutral europeo a fin de estandarizar el conocimiento científico. Los naturalistas tuvieron desde entonces un mecanismo poderoso y despolitizado de comunicación internacional en el siglo XVIII. En realidad, era despolitizado en el contexto europeo, pero no lo era en el colonial como lo ha mostrado para el caso colombiano Mauricio Nieto (2000). La flora y la fauna fueron, desde entonces, puestas una tras de otra en un sistema clasificatorio abierto a nuevos descubrimientos que no prestaba atención a su existencia precisa en el mundo real. El progreso en el conocimiento de los seres vivos (no humanos) estaba firmemente asentado a través de este instrumental clasificatorio. Ruiz-Pabón en Perú, y Mutis en la Nueva Granada, asumieron esta empresa científica aunque en realidad Humboldt hizo mucho más que ellos.

A Alexander von Humboldt no sólo hay que darle crédito por su trabajo científico sino por lo que simbólicamente inventó. Fue el inspirador de un nuevo sentido de la naturaleza: un sentido científico, pero al mismo tiempo romántico. Más aún, él ofrecía una visión europea de la naturaleza, en cierto sentido, una visión sacralizada de la misma. Fue también un punto de referencia intelectual para los criollos, patriotas y luchadores de la Independencia en la primera parte del siglo XIX. Bolívar, por ejemplo, mantuvo una correspondencia profusa con Humboldt. Su visión constituyó, pues, la base de la construcción de la nueva identidad de los países de América tropical (Pratt, 1992).

Humboldt describió un paisaje diferente al que los primeros conquistadores encontraron y que hemos visto reflejado en las palabras de Pedro Cieza de León. El colapso demográfico, ya documentado para varias partes de América, abrió la posibilidad del crecimiento de bosques y de vegetación, en un tiempo en que la población indígena alcanzó su punto más bajo a mediados del siglo XVIII. El proyecto criollo de independencia fue más allá, al intentar reconstruir la identidad de estos nuevos países con base en la idea de una América concebida como una naturaleza abundante, en lugar de una tierra que era receptáculo de un importante pasado español o indio.

Cuando comenzaron las guerras de independencia en 1810, el interés por el estudio de la naturaleza tuvo que posponerse ya que muchos de los naturalistas criollos participaron activamente en este conflicto. Este es el caso, entre otros, de Francisco José de Caldas, Jorge Tadeo Lozano, José Manuel Restrepo, Joaquín Camacho o Pedro Fermín de Vargas. Ellos sen-

taron las bases del desarrollo científico en el país. Este capítulo no se puede dedicar a examinar esta contribución porque lo relevante para este texto es la transformación territorial que estaba ocurriendo a través de las guerras.⁸ Baste con decir que Caldas, el más destacado naturalista criollo, recomendaba en las páginas del *Semanario del Nuevo Reino de Granada*, hacer el mapa de la Nueva Granada con la descripción demográfica, de flora, fauna e información económica (Caldas, 1942).

En varios aspectos, la elite liberal en el poder desde mediados del siglo XIX intentó retomar los vínculos perdidos con los esfuerzos previos a las guerras de independencia retomando los proyectos progresistas de la Corona. Sin embargo, ellos ya no estuvieron interesados en retomar la veta romántica de Humboldt sino en civilizar el país que parecía vivir en un mundo atrasado. Caldas había preguntado en 1811, “¿para hacer el mapa de nuestro país vamos a esperar hasta que alguien venga de Europa a hacerlo, y de esta manera nos conquiste de nuevo?” (Caldas, 1942, p. 10). En respuesta a esta pregunta, a mediados del siglo XIX, los liberales organizaron la Comisión Corográfica con la dirección de Agustín Codazzi para describir las regiones y hacer los mapas de Colombia (Cruz, 1965, p. 184). Buscaban una organización territorial más operacional y un conocimiento de los recursos del país, lo cual le permitió a la elite construir nuevos lazos con el sistema económico internacional. Hacer los mapas del país sirvió para esquematizar un nuevo modelo administrativo necesario para balancear el poder de las elites regionales, para hacer un inventario de recursos y para obtener valiosísima información militar en un periodo de permanentes guerras civiles.

La veta romántica promovida por Humboldt, sin embargo, no se había perdido completamente. Manuel Ancizar, miembro de la Expedición Corográfica, y nombrado durante la década de los sesenta del siglo XIX como primer rector de la Universidad Nacional de Colombia, representa este otro aspecto de la herencia de Humboldt. Sin embargo, las descripciones corográficas de Codazzi y sus seguidores sirvieron para alentar la ilusión de una nueva fuente de riquezas para el Estado nacional ya que detectó como bienes públicos una inmensa porción del territorio colombiano y los reconoció como baldíos. La segunda conquista del país, el avance hacia las tierras calientes, estaba apenas empezando.

La segunda conquista

El coronel Agustín Codazzi, de origen italiano, batalló en los ejércitos de Simón Bolívar durante los años veinte del siglo XIX. Entre 1840 y 1850,

⁸ Parte de la literatura que se concentra en este tópico es la siguiente: Jairo Gutiérrez (1995); Luis Carlos Mantilla (1992); José Antonio Amaya (1986); Renán Silva (1984); Marcos González Pérez (1984); José Celestino Mutis (1983); Florentino Vezga (1971).

viajó alrededor de Venezuela y elaboró una famosa cartografía para este país. Tomás Cipriano de Mosquera, uno de los más importantes oficiales de Bolívar, conoció a Codazzi en las batallas de independencia. Cuando Codazzi tuvo que escapar de Venezuela tras el derrocamiento de su amigo José Antonio Páez, fue invitado por Mosquera, quien en ese momento era presidente de la Nueva Granada, para hacer el mismo trabajo que ya había hecho en Venezuela. Codazzi ejecutó sus actividades entre 1850 y 1860. Al final de la década de 1850 fue invitado a hacer el mismo trabajo en Perú, pero murió antes de emprender esta nueva empresa geográfica. En términos científicos y simbólicos, Humboldt y Mutis (Schumacher, 1988) fueron los más destacados predecesores de Codazzi. Si estos dos primeros fueron hombres de ciencia, Codazzi también fue un hombre práctico de armas.

Mientras la mayor parte de los análisis de los procesos de desposesimiento de las comunidades indígenas en América se han concentrado en las medidas legales y en las campañas militares que facilitaron la apropiación de la tierra en manos privadas, prácticamente casi nada se ha dicho acerca de la estrategia corográfica previa. El trabajo de Codazzi permitió a las elites figurarse con mayor precisión cuáles tierras eran propiedad de la Iglesia, cuáles eran de comunidades indígenas agrícolas que tenían títulos legales, como en el caso de los resguardos, y cuáles porciones del territorio estaban desocupadas o eran baldíos. Esta última categoría, que implicaba prácticamente tres cuartas partes del territorio, incluía tierras sin ocupación humana, tierras ocupadas pero sin títulos legales y tierras de pueblos indígenas nómadas.⁹ En el artículo 4 del contrato de Codazzi con el gobierno granadino se obligaba a "describir caminos en términos de jornadas diarias de las tropas, en leguas grenadinas para ser utilizadas por puestos militares" (Codazzi, 1996). En la década siguiente los gobiernos liberales promulgaron regulaciones para disolver los monopolios, entre ellos el de la Iglesia y de las comunidades indígenas sobre las tierras, lo que en la práctica indicó una ruptura colectiva con el pasado colonial fundado en el pacto dual entre la Corona y la Iglesia de un lado, y la Corona y los indios tributarios del otro.

La privatización de tierras no era novedosa. Durante el siglo XVIII fueron numerosos los casos de composiciones que repartieron tierras indígenas entre colonos.¹⁰ El caso de la distribución de tierras en Cundinamarca ha sido documentado por Thomas Glenn Curry (1981) y el proceso en Boyacá

⁹ "Contrato para el levantamiento de las Cartas de la Nación y de las Geografías de la Nueva Granada," 1º De Enero de 1850 y firmado por José Hilario López y Victoriano Paredes", en Agustín Codazzi (1996, p. 59-61).

¹⁰ Para experiencias coloniales sobre propiedad privada rural, véase el trabajo riguroso de Jorge Guevara Gil (1993); aunque carente de un esquema teórico coherente, véase el estudio de Humberto Gutiérrez Sarmiento (1992).

hasta pudo haberlo antecedido. La privatización de tierras implicó la continuación del desorden político y las luchas políticas entre elementos liberales y conservadores aliados estos últimos con la Iglesia. También implicó la disminución de las propiedades más valiosas en los pueblos indígenas agricultores localizados cerca de los más importantes centros urbanos tales como Bogotá, los pueblos de Boyacá, Vélez, Pamplona, Popayán, Pasto, entre otros, situados en climas fríos. La privatización de las tierras comunales no fue la única forma de transformación del paisaje. La designación de tierras baldías fue la base de la expansión de la frontera y del proceso de transformación de la identidad de los pueblos de tierras templadas y calientes. También implicó que los pueblos nativos de las zonas baldías fueran invisibilizados. La estrategia cartográfica funcionaba como magia: el paisaje humano era transformado en uno nuevo y se convertía en un paisaje no humano.

Si los líderes conservadores tendieron a apoyar a la Iglesia, algunos de ellos también vieron la oportunidad de apropiarse de tierras que de otra manera hubieran pertenecido simplemente a los liberales "ateos". La hegemonía liberal fue desafiada sólo hasta fines de 1880. Entre tanto, las tierras baldías sustituyeron al oro como la principal fuente de riqueza de la nación. Interesados en reinsertar al país en una economía internacional liderada por los británicos y basada en la idea de ventajas comparativas, las elites colombianas intentaron desarrollar experimentos de agricultura tropical en tierras calientes. Como resultado, pueblos indígenas de los altiplanos que fueron desposeídos, y mestizos pobres se desplazaron en búsqueda de un nuevo futuro, y tuvo lugar un cambio demográfico.

El experimento liberal —desde un punto vista político— no duró por mucho tiempo, pero el esfuerzo por civilizar al país continuó. El liberal Rafael Nuñez llegó a ser un líder pragmático y aceptó alianzas con el partido conservador y la Iglesia. Contra el credo liberal, un poco después, la nueva Constitución de 1886 declaró al catolicismo como la religión oficial de la República, y en 1889, una nueva legislación fue promulgada proscribiendo una mayor división de tierras indígenas; esto sólo implicaba que a las comunidades indígenas que fueron parte del pacto de reciprocidad con la Corona española se les garantizara legalmente una protección en el caso de una disputa judicial. La Iglesia recuperaba también su vieja función como fuerza civilizadora, lo cual implicaba no solamente un papel en la educación en general, sino también la continuación de su papel de conversión de las tribus salvajes de las tierras templadas y calientes. Esto coincide con el comienzo de la bonanza cauchera a fines del siglo XIX.

Los prejuicios ambientales fueron parte del proceso civilizatorio de esta segunda conquista. Las elites bogotanas consideraron que ellas vivían en el paisaje más europeo, en las analógica y equivocadamente llamadas tie-

rras "templadas" (*temperate*) de Colombia por algunos observadores extranjeros. En la década de los noventa del siglo XIX, Francisco Javier Vergara y Velasco pintaba el mapa de Colombia hundido dos mil metros (Vergara y Velasco, 1901). Medardo Rivas describe la transformación de las tierras bajas en su libro *Trabajadores de tierra caliente* (Rivas, 1946). "Tierra caliente" es la mejor forma de describir las tierras bajas del paisaje interandino colombiano. Al final de la Guerra de los Mil Días en 1902, y con la secesión de Panamá en 1903, Rafael Reyes, un conservador positivista, admirador del presidente mexicano Porfirio Díaz, abrió la posibilidad de administrar el país dejando de lado el sectarismo político entre liberales y conservadores. Los presidentes subsiguientes intentaron también relegar esta política partidista extrema a un lugar secundario. Con estos elementos se puede pasar a comparar el caso colombiano con el peruano.

Comparaciones republicanas

La República de Perú comparte importantes similitudes con el caso colombiano pero también muestra no menos importantes diferencias. Bolívar introdujo el proyecto criollo en este país. La elite peruana abolió los tributos que, al menos en el papel, pretendían eliminar la discriminación y terminar la república dual de españoles e indios. Los indios se convirtieron en peruanos, pero ellos no confiaron en los nuevos acontecimientos y decidieron mantener sus tributos cambiando su nombre a "contribuciones voluntarias" (Turner, 1997, p. 22). En contraste con Colombia, en Perú la abolición de las identidades étnicas no era un asunto de corto plazo, no solamente porque la mayor parte de la población era indígena, sino porque el altiplano concentraba esta población y hacía que estos lugares fueran poco atractivos para las poblaciones criollas y europeas. Como se explicó, las tierras altas y bajas en Perú y Colombia son ecológica y culturalmente diferentes. Esta diferencia cultural contribuyó a marcar las trayectorias divergentes de los dos países.

Como en el caso colombiano, los liberales peruanos se beneficiaron de la reinserción de la economía en el mercado internacional. Sin embargo, a diferencia de Colombia, la clave de esta inserción no fueron los productos agrícolas, sino un proceso extractivo que se ajustaba a las necesidades de expansión de la agricultura europea: el guano, abono que incrementó la productividad de la agricultura europea. A diferencia de Colombia, este producto estaba localizado en la costa listo para ser exportado. Por razones diferentes, incluyendo la resistencia hipotética de la población indígena, y una visión del pasado de los pueblos indígenas como un paraíso perdido y sin retorno, la elite peruana decidió no movilizar el trabajo indígena de los Andes. En lugar de eso, intentaron traer una nueva fuerza de trabajo desde Asia y por ello llegó la migración china. Parafraseando a Mark Turner,

la república colonial dual de españoles e indios se convirtió en la república liberal unitaria pero dividida, en la república poscolonial liberal (Turner, 1997, p. 22).

A través de la ley de 27 de 1828 de la república del Perú se determinó la división de las tierras comunales en Perú. Es difícil creer que esta ley funcionó exitosamente en los altiplanos indígenas. En realidad, es más plausible pensar que la bonanza del guano disminuyó la necesidad de las elites peruanas de contar con la fuerza de trabajo de los altiplanos. Más tarde, ésta se dio cuenta de la necesidad de mantener la lealtad de los pueblos indígenas en los altiplanos, cuando tuvieron que confrontar la derrota a manos del ejército chileno en la lucha junto con Bolivia por el salitre. De hecho, la segunda conquista de Perú no fue la conquista de los pueblos indígenas de las tierras altas, sino la de las tierras bajas indígenas de la región amazónica con la bonanza del caucho, desde la segunda parte del siglo XIX y comienzos del XX.

Mark Turner afirma que el periodo poscolonial debe ser leído como “la negación liberal de los indios” (1997, p. 22). Él trata de recuperar el pasado indígena buscando en los juzgados locales y en las notarías públicas de los pueblos. Sin embargo, lamenta afirmar que “los inspectores coloniales hacían mejor de etnógrafos que los burócratas poscoloniales” (p. 13). Sus fuentes de información, por fuerza, tienen que fallar. Debido a que durante el régimen republicano el nuevo sistema legal es diseñado bajo la lógica de la igualdad formal en contraste con el sistema legal español, las fuentes no permiten generar lo que se llamarían odiosas “distinciones” entre ciudadanos por razones de color o de raza, bajo una lógica liberal, borrando las leyes de una sociedad estratificada. Muy al contrario, la misión cartográfica de Agustín Codazzi, primero en Venezuela y luego en Colombia, implicaba una tarea de descripción “objetiva” de pueblos y territorios en sus relatos, que tiene que ser por naturaleza etnográfica. Tanto en Perú como en Colombia los archivos legales dejaron de hacer consideraciones en términos de pueblos indígenas, con excepción de la descripción de litigios y reclamos relacionados con disolución de tierras comunitarias. En vez de prestar atención a estos archivos legales, es necesario explorar en la colección Guido Cora, del Archivo General de la Nación en Colombia, la cual recoge la documentación de la Comisión Corográfica liderada por Agustín Codazzi. Mi hipótesis es que éste también podría ser el caso de Perú. El caso colombiano pudo haber empezado a cambiar por las leyes que a fines de siglo legalizaron nuevamente la propiedad de los resguardos.

Conclusiones

Después de 1850, las reformas liberales permitieron que la elite criolla y mestiza se lanzara a conquistar las tierras templadas y calientes. Este

proceso fue enfatizado por intentos de articular al país con el mercado Atlántico. El resultado más importante de este movimiento fue un nuevo cambio en el paisaje humano. Luis López de Mesa, intelectual y político destacado durante la primera parte del siglo XX, describió a Colombia como una "civilización de vertiente" (López de Mesa, 1934). El nuevo balance económico, social y demográfico cambió desde las montañas de la Cordillera Oriental relativamente frías hacia las vertientes de la región cafetera de la Cordillera Central. La estratificación étnica que marcó el periodo colonial fue disuelta en su mayoría. El mestizaje dejó de ser un referente étnico y empezó a convertirse en una especie de referente nacional, es decir, un referente político. Los indios supervivientes fueron invisibilizados por este cambio étnico y por la estrategia cartográfica que hemos mencionado. El gobierno conservador, atendiendo al Concordato, tratado firmado con el Papado, reconoció la indivisibilidad de tierras comunales de aquellos pueblos indígenas que sobrevivieron al ataque liberal. En general, el gobierno conservador apoyó de nuevo la misión civilizadora de la Iglesia en relación con la población indígena.

Los criollos peruanos se dieron el lujo de olvidar a los indios de las tierras altas en la medida en que la bonanza del guano duró, no más allá de 1870. El territorio peruano entonces fue fuertemente dividido por el contraste entre la costa y el altiplano. Éste no había sido el caso ni durante el imperio Inca, ni durante la Colonia española. Temiendo quizá la tradición andina de lucha y resistencia al régimen español, y tratando de ser considerados lo suficientemente civilizados por los europeos, la elite peruana intentó conquistar la región amazónica desde mediados del siglo XIX buscando una salida hacia el Atlántico. El paisaje humano en Perú había cambiado varias veces durante todo el proceso.

Primero, la dirección del vector de la verticalidad andina en Perú cambió de las tierras altas a la costa, de Cuzco a Lima al final del periodo colonial. Si la Corona española se benefició de las estructuras del imperio Inca, la victoriosa elite criolla de la posindependencia rompió los vínculos de reciprocidad e incluso de mercado, por un tiempo, entre la gente de las tierras bajas costeras con la gente del altiplano. En el caso de Colombia, la Corona española no encontró una organización política integrada que la precediera y sobre la cual pudiera construir su sistema de administración y de extracción de recursos. Aquí, el principio de verticalidad ecológico andino era débilmente atado por vínculos de trueque, antes que de reciprocidad. En contraste con el caso peruano, al final del periodo colonial, el sistema inventado por los españoles en la Nueva Granada, precariamente concentraba un poder administrativo en el altiplano. También en contraste con Perú, Colombia intentaba conquistar las tierras templadas y las tierras bajas calientes.

Los obstáculos y las dificultades de este proceso fueron inmensos. En Colombia, la segunda conquista fue más exitosa en las tierras de mediana altitud; en ellas, cuando se desciende desde los altiplanos se siente la tierra caliente pero no son ardientes ni bajas. Incluso a comienzos del siglo XX, la elite colombiana no había abandonado completamente sus esperanzas de conquistar las tierras calientes. A fines del siglo XIX, por ejemplo, Rafael Reyes, que en un principio fue conocido como un bravo explorador amazónico y quien estaba proponiendo nuevas y ambiciosas empresas para conectar Brasil con Colombia, posteriormente se convirtió en presidente. Estas expectativas, sin embargo, no fueron apoyadas por éxitos domésticos sino por la construcción estadounidense del Canal de Panamá a comienzos del siglo XX, que probó que las tierras calientes bajas podían ser conquistadas. Los franceses habían sucumbido a los mosquitos y la malaria, pero los estadounidenses resultarían triunfantes en la construcción del canal. De hecho, el canal de Panamá también reimpulsó a la elite peruana facilitando sus exportaciones hacia la costa oeste de Estados Unidos y Europa.

En contraste con la idea de “civilización de vertiente”, Carlos José Mariátegui lamentaba en la misma época que Perú era una “civilización costera” (Mariátegui, 1989, pp. 204-205, citado por Turner, 1997, p. 147). Sin embargo, a fines de 1920, debido a la Gran Depresión, las elites peruanas y colombianas reconcentraron el proceso económico bajo una estrategia de sustitución de importaciones. Los colombianos olvidaron de nuevo a los pueblos y las tierras bajas, sobre todo las regiones amazónicas, orinocences y pacíficas. Desde entonces, el paisaje humano empezaba a cambiar de nuevo, esta vez impulsado por un proceso de industrialización y urbanización. En el siguiente capítulo se verá este proceso detallando sus especificidades y variaciones. Antes de concentrarse en la región amazónica, los casos de Cundinamarca y Valle del Cauca servirán de contraste.